

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui iam strenue religionis et iustitiae partes teneatis suscepistis...

DIARIO CATOLICO, APOSTOLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus, ut vos in proposito confirmet. —Pío IX, al Director y Redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 trimestre en la administracion.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administracion no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la administracion, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, Rue Tailbout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbitero.

PARTE EXTRANJERA.

Los sucesos de Méjico son todavía y continuarán siendo durante mucho tiempo el asunto del día en América y en Europa, y principalmente en Francia. A las circunstancias que hasta la muerte de Maximiliano había para que la cuestión mejicana robe la atención de cuantos sienten y razonan tanto en América como en Europa, y sobre todo en Francia, agrégase la prision por las tropas juaristas de los individuos que componían la legación francesa en los dominios mejicanos, como medida preventiva para el caso de que se adopten algunas determinaciones en represalia del horrible crimen perpetrado en la persona del Emperador Maximiliano. El Cuerpo legislativo francés ha consagrado dos sesiones a tratar de aquellos sucesos; y, aunque se han oído las voces de Thiers y de Julio Favre por parte de la oposicion, y de Casagran y Rouher por parte del Gobierno, apenas se ha tocado el fondo de la cuestión. Los hechos en detalle y las recriminaciones personales han dominado en este debate.

El historiador del consulado y del Imperio, el ministro de Luis Felipe, el estadista a la Guizot, el célebre doctrinario Mr. Thiers y el juriconsulto individualista, el defensor de ciertas causas, el abogado democrata Julio Favre, han aprovechado la ocasión que los sucesos de Méjico les ofrecían, mas que para esclarecerlos, para combatir el régimen político actual de la nación vecina y para hacer respectivamente la apología del Gobierno parlamentario y del democrático. Lo importante para Thiers como para Julio Favre, es su credo político; demostrar sus excelencias sobre el que se practica en Francia; todo lo demás, ora se trate de asuntos interiores, ora de política exterior, ora se discuta sobre la cuestión franco-alemana, ora se debata sobre la de Méjico, no es mas que el pretexto, el medio que a ambos oradores conduce a la consecución de lo que para ellos es lo principal, demostrando con esto que, a pesar de cuantas protestas hagan en contrario, son ante todo y sobre todo hombres políticos de partido y, como tales, formulistas intransigentes, que quisieran acomodar, a moldes que apadrinan, toda sociedad. Si todos los discursos deambos oradores no nos hubieran probado esta verdad, nos lo acreditarían los por ellos pronunciados ultimamente.

¿A qué se reduce el discurso de Thiers? ¿Qué ha tratado de demostrar en él este hombre público? Todos sus esfuerzos no se han encaminado a otra cosa que a querer hacer ver que Francia acometió en Méjico una empresa, que ha sido funesta y que muchas veces ha tenido que deplorar, por el vicio de que adolece la organización del Gobierno en la nación vecina. Como no había el año 1860 ni en los siguientes, viene a decir Thiers, el derecho de interpellación, como carecíamos de libertad para presentar proposiciones y abrir por ese medio amplias discusiones sobre los proyectos que el Gobierno abrigaba respecto de Méjico, como el Gobierno en Francia, aunque tenga apariencias de otra cosa, es unipersonal, y lo era más al tiempo de emprenderse la expedición mejicana y de practicarse los medios necesarios para plantear en Méjico un imperio, las Cámaras francesas, representantes de la opinión del país, no pudieron aconsejar lo conveniente, resistir a las miras del ministerio y evitar el desprestigio de Francia, la derrota de sus tropas y la serie de males de que ahora nos lamentamos, cosas todas que entonces preveía la opinión pública.

¿Son exactas las afirmaciones de Thiers? Prescindamos del largo discurso que el ministro de Luis Felipe acaba de pronunciar, de la amplia discusión habida últimamente en el Cuerpo legislativo de Francia y de las prendas que ha soltado en uno de los lugares de su oración parlamentaria al asegurar que el año 1862 presentó una proposición sobre los asuntos de Méjico y la retiró accediendo a las suplicas de un patriotismo mal entendido; supongamos, en fin, que el Gobierno francés sea unipersonal y lo fuera entonces más unipersonal que hoy; ¿hubiera dejado de realizarse la expedición y de ponerse en practica los planes del Gabinete francés a haber tenido necesidad de contar este con el concurso de las Cámaras? Respondan por nosotros todos los países regidos por Gobiernos sinceramente parlamentarios. Respondan Inglaterra, modelo de prácticas parlamentarias, Bélgica, que las ama con cariño singular, Italia, en donde, salvo algunas irregularidades, están en todo su auge. Respondan Europa entera, en cuyo territorio el régimen parlamentario es, como decía poco tiempo hace el periódico de España, por excelencia conciliador, casi universal. Respondan, en fin, el mismo Thiers, puesta la mano sobre su conciencia y evocando la historia de sus buenos tiempos, de sus actos de ministro cuando Luis Felipe se sentaba en el

Trono y ceñía la corona y empuñaba el cetro de Clodoveo, de Carlo Magno y de San Luis.

¿No es un axioma parlamentario que los Gobiernos deben salir del seno de las mayorías y estar apoyados por mayorías que en un todo se hallen identificadas con aquellos? ¿No es esto lo que sucede en la práctica? Las mismas minorías, no dejan de hacer oposicion muchas veces, como dejó de hacerla Mr. Thiers en la cuestión de Méjico porque, según él mismo confiesa, así lo exigían ciertas conveniencias que, por cierto, suelen cerrar con frecuencia los labios de los oradores, no ya ministeriales, sino de los que suelen llamarse independientes y de los que hacen la oposicion? ¿Cuándo la mayoría de una Cámara popular ha votado con éxito para los diputados de oposicion o independientes en contra del ministerio que está apoyado por ella, si este pone en juego sobre todo cierto recurso que nuestros lectores conocen, lo cual sucede en todo asunto que a un Gobierno cualquiera parece grave? Y siendo esto así, conociéndolo teórica y prácticamente, ¿cómo Mr. Thiers hecha la culpa de todos los males que han ocasionado las empresas francesas en Méjico al vicio de que adolece la organización del Gobierno de la nación vecina?

No tratamos de defender la organización de dicho Gobierno; no es esa, como hoy se dice, nuestra misión, ni podemos siquiera entrar en un terreno en el que hemos penetrado varias veces para examinar, no ya lo que es para Thiers el objeto de todos sus desvelos, sino para juzgar con nuestro criterio la política constante del Gabinete de las Tullerías; no hemos propuesto solamente, y creemos haberlo conseguido, poner de manifiesto las contradicciones del hombre público que del principio equilibrista de la escuela doctrinaria quiere hacer la base de la organización de su país, y de la política interior y extranjera que este debe practicar, y por cuyas contradicciones nos hacen pasar de corrido la estrechez del espacio y la brevedad del tiempo, así como por lo que, en medio de todas sus simpáticas protestas y de la luz que le es propia en la exposición de hechos, aunque poca de inexactitud en algunas apreciaciones, significa el discurso que el ministro de Luis Felipe acaba de pronunciar.

Si alguna duda quedara respecto de ambos extremos, bastará el mas ligero análisis para desvanecerla. Mr. Thiers principia diciendo que el deber le impulsa a poner de su parte cuanto sinceramente comprende que es necesario para hacer que luzca la verdad en la cuestión mejicana, prescindiendo de cuanto por el deseo de que se den los sucesos al olvido pueda decirse para imponer silencio. Añade en seguida, que cuando el Gobierno francés concebía los proyectos consabidos, se dijo, que se trataba de reparar perjuicios sufridos por los franceses, de procurarles no una seguridad pasajera, sino sólida y estable, para lo cual era preciso establecer en Méjico un Gobierno regular; que este pensamiento era noble, grande la empresa, y que ahora se sostiene que no se ha triunfado por falta de perseverancia. Asegura despues que todo lo anterior puede echarse en rostro a los que creyeron aceptable la empresa (que será sin duda el mismo Gobierno con la mayoría del Cuerpo legislativo) no a la opinión universal que creía que la expedición no ofrecía probabilidades de éxito. Afirma, en fin, que no se sentirían los males actuales si en las instituciones francesas hubiera encontrado el proyecto concebido con buena intencion, pero erróneamente; y para apreciar bien el asunto, entra en la historia de todos los sucesos.

No iremos extractando párrafo por párrafo los lugares oratorios del discurso de Thiers; notaremos solamente, que es cuanto podemos hacer, algunas de sus más chocantes apreciaciones. Principian estas en el primer párrafo. Para Thiers, Méjico hizo de una vez la revolución que necesitó en Europa tres siglos de fermentación, esa gran obra que por otra parte tenía, según el mismo Thiers, el imperio de Motezuma fatigado, conmovido por tantos sacudimientos, desahogado despues de 60 años de conmociones y trastornos disfrutando en paz el objeto apetecido. Si la revolución, esa gran obra, no produce más que revueltas y disturbios, ¿cómo se comprende que se consiga la paz en donde aquella impera? ¡Cómo! ¡En sesenta años los principios del 95 no han producido más que agitación y anarquía, y pueden causar la paz en algunos mas, aunque esté colocado un Juarez entre el bien y el mal, apreciados estos por supuesto doctrinariamente? ¡Ilusión! Los extranjeros perjudicados, y los emigrados mejicanos, y los que, permaneciendo en Méjico, eran víctimas de la revolución, lo comprendieron así y deseaban el restablecimiento de la Monarquía, conferida a un Principio europeo. Con este fin entró Francia en tratos con Inglaterra, que se oponía a esa idea, y con

España, que era más propicia; conviniéronse al fin estas Potencias; fueron las tropas a Méjico; el representante de Francia faltó a lo convenido, y los aliados se retiraron.

Despues de varias vicisitudes se plantó el Imperio, se le confirió a Maximiliano y, aunque al principio lo repugnaba, marchó a Méjico confiando en el apoyo de las bayonetas francesas; los Estados Unidos se opusieron a esta intervención, principió a evacuarse el nuevo Imperio y, agravada además su situación con la inderminación que se le exigió, ardió la guerra civil en Méjico; vino Carlota a Europa en demanda de auxilios y esta se incapacitó y sucumbió el Imperio, porque no era posible que se sostuviera, como no fué posible en España el año 1808 la dominación francesa, por la indole de las guerras de independencia en las que el enemigo está oculto y pelea en todas partes. Esto lo sabían todos en Francia y se hubieran opuesto a los planes del Gobierno si disfrutara de instituciones parlamentarias; luego la organización actual del Gobierno tiene la culpa de todo; hé aquí analizado en cuatro líneas el discurso de Thiers, el cual publicamos íntegro en otra parte.

Aparte de la observación que ya hemos hecho, y de otras muchas que haríamos si no nos lo vedara la indole de una revista, diremos, para concluir, que es cierto, como Thiers supone, que el Emperador Maximiliano, a quien han salido caros sus yerros, y a quien haya Dios perdonado, rompió por precipitación e impetuosidad de carácter con el Clero de Méjico, sino porque siendo Emperador por Francia y estando aconsejado y apoyado por Francia, creyó oportuno practicar la política francesa, esa política de *ten con ten* con el bien y con el mal, que constituye su sistema interior y exterior, y cuyos amargos frutos está recogiendo, y tal vez no tarde en sentirlos más en lo íntimo de su ser. Recuérdese sino la conducta de Maximiliano con el Papa y el Clero y con los elementos verdaderamente conservadores de Méjico. En el discurso de Thiers hay tambien, respecto de la visita de la infanta Emperatriz Carlota a Su Santidad, una reticencia grave, que da lugar a las calumnias que por entonces esparció la prensa revolucionaria de Europa, y que ha sido despues desmentida por los periódicos imperialistas de Francia, lo cual conviene hacer notar aquí. Esto es lo poco que podemos decir sobre el último discurso, abundante por demás en palabras, de M. Thiers. ¿Era así como se debía haber tratado la cuestión de Méjico?

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

Paris, 12 (por la noche).—El ministro de Estado, M. Rouher, contestando a una interpellación del diputado Larrabure, dijo que el bombardeo de Valparaíso suscitó la cuestión de si era un acto de violencia inexcusable, o un acto de guerra legítimo. Inglaterra lo consideró como acto de guerra. España está dispuesta a hacer sacrificios.

M. Rouher rehusó explicarse sobre la cuestión de derecho. El diputado Reard sostuvo que el bombardeo de Valparaíso fué evidentemente un acto de violencia.

Rouher repitió que Inglaterra y los Estados Unidos lo habían considerado como acto de guerra.

Athenas, 11.—Las noticias llegadas ayer de la Caena, desmienten la victoria de Omer-Bajá. Aseguran, al contrario, que los insurgentes quedaron vencedores.

Munich, 12.—El Rey irá a París la semana próxima.

Paris, 13.—El Rey de Baviera llegará esta noche.

Se sabe auténticamente que Juarez retardó tres días la ejecución del Emperador Maximiliano.

Los representantes de Prusia y de Inglaterra protestaron a nombre de sus soberanos, garantizando que Maximiliano saldría de Méjico.

Juarez contestó que el interés del país exigía su muerte.

Paris, 14.—Los rumores de que el ministro de Estado Rouher iba a salir del Gabinete, no tienen fundamento. Por el contrario, se asegura que el *Moniteur* publicará próximamente una carta del Emperador muy honrosa para el ministro.

Punta de Gales, 30 de Junio.—Ha ocurrido un temblor de tierra en Djocjo (isla de Java) produciendo gran número de muertos.

DISCURSO DE MR. THIERS SOBRE MÉJICO.

Señores: Voy a ocuparme de la expedición de Méjico. Al esparcirse estos días la nueva fatal que ha llenado de indignación y luto al mundo civilizado, aplacé el debate con vuestro asentimiento. Quisiera todavía guardar silencio; pero van a sus perderse las sesiones, y renunciar a la palabra sería, en mi opinion, renunciar a nuestros deberes, y cada uno tiene el derecho de cumplirlos con arreglo a sus convicciones. A los que como yo llegan aquí sin ambiciones, sin partido, sin otro deseo que el de procurar pacíficamente a la Francia instituciones libres, y por medio de ellas obtener la mejor gestión en los negocios públicos, a esos, señores, les es imposible dejar que los sucesos de Méjico se hundan en las tinieblas del pasado, sino hacer la luz sobre ellos y poner de manifiesto la provechosa enseñanza que contienen.

Un hombre sensato que se equivoca, ya que el error es atributo de la humanidad, ¿debe olvidar su falta y esquivar los gritos de su conciencia? No; debe indagar con sangre fría las causas del error para no incurrir en él nuevamente. Jamás hemos tratado este asunto de una manera a propósito para descubrir la verdad. En 1864, cuando en Puebla reparamos el descalabro del mismo Puebla; cuando aún no había marchado el Príncipe que acaba de pagar con su generoso sangre lo temerario de la empresa, entonces hice varias objeciones, y lamenté toda mi vida el no haber sido bastante persuasivo. Despues guardé silencio, porque oia decir que las palabras de mis honorables colegas, al ocupar-e de la cuestión, desanimaban a los capitalistas y al ejército expedicionario. En cuanto a nuestros soldados no me pareció oportuna la observación, porque los soldados franceses, tan valientes como disciplinados, hacen la guerra, pero no la juzgan. (Aplausos). En cuanto a los capitalistas, mejor hubiera sido que se hubiesen desanimado en aquella época, porque no les veríamos hoy mendigando el socorro de los poderes públicos y colocados en la cruel alternativa de la miseria.

El asunto ha concluido: no puede decirse que al tratarlo perjudicamos a nadie. Quizá se nos diga que es tarde para poner remedio. De manera que al principio nos impuso silencio un patriotismo mal entendido, y al fin el deseo de dar los sucesos al olvido. Esto no fué de ser, y en interés mismo de la Cámara cumpla con el penoso deber de hacer que luzca la verdad en toda su pureza. Con las pruebas en la mano, y con la sinceridad que me caracteriza, voy a relatar los hechos, para demostraros que la causa del mal es el vicio de que adolece la organización de nuestro Gobierno. (Movimientos en diversos sentidos. Aprobación a la izquierda del orador).

Se nos dijo que se trataba de reparar perjuicios sufridos por nuestros compatriotas, de procurarles, no una seguridad pasajera, sino sólida y estable, para lo cual era preciso establecer en Méjico un Gobierno regular, regenerar a aquel pueblo: se nos dijo que el pensamiento era grande, noble la empresa, y ahora se nos dice que para triunfar en ella hubiera sido preciso más perseverancia. Eso es lo que se repite en una polémica diaria que no quiero calificar. Esa inculpación de poco perseverante se dirige, no a los que como yo se mostraron desanimados y sin ilusiones, sino a los que primero creyeron aceptable la empresa y luego la abandonaron. La expedición no ofrecía probabilidades de buen éxito ni para nosotros ni para nadie; tal era la opinion universal. El pensamiento fué concebido con buena intencion, sin duda, pero era erróneo, y no deploráramos tantos males si, al realizarse, hubiese chocado con la resistencia que debió encontrar en nuestras instituciones. Entre en los hechos, y lo haré con la brevedad posible. Preciso es, para apreciar el asunto, que se presente todas sus fases por el orden que han ido produciendo.

Cuando llegamos a Méjico estaba un estremecido aquel país por numerosas revoluciones. Emancipado de la metrópoli al principio del siglo, llevó a cabo de una vez la revolución, para la que Europa necesitó tres siglos. Méjico, al separarse de España, era la imagen viva de esta nación bajo el reinado de Felipe II, y en pocos años hizo lo que nosotros en tan dilatado tiempo. En 1860, el país, fatigado, conmovido por tantos sacudimientos, quiso lo que se desea despues de las grandes revoluciones, gozar en paz del objeto propuesto: y ese objeto era lo que nosotros llamamos los principios de 1789. El hombre en cuyas manos estaba el Gobierno de aquel país, y que no había a la sazón echado sobre su nombre una mancha indeleble (*Muy bien, muy bien*), el presidente Juarez, hizo concebir algunas esperanzas. Colocado entre el mal y el bien, y exento de las odiosas pasiones que hoy le subyugan, creyó que se inclinaria hacia el bien. Las altas cualidades de hombre político y de gobierno de su ministro el general Doblado, antiguo gobernador de Querétaro y Guascauato, y el ser ministro de los Estados Unidos en aquella época el Sr. Corwin, personaje eminente, y que creía en la posibilidad de establecer en Méjico un orden de cosas sólido y regular, todo era favorable presagio de que había sonado para el país la hora de una regeneración política.

Por desgracia había una cuestión temible que abordar: la de las deudas extranjeras, procedentes de los enormes perjuicios sufridos por los extranjeros durante la revolución. Méjico debía pagar créditos enormes, y un tanto exagerados, y así es que el país se sublevó contra aquellos especuladores de nueva especie; el Gobierno exhausto de recursos, pide un plazo para el arreglo de las deudas, se le niega, y de aquí nació la ruptura. Se necesitaba un acto de vigor, y España, Inglaterra y Francia se resolvieron a ejecutarlo. Pero en qué debía consistir este acto? ¿Deber hoy que entonces era fácil equivocarse. Veámoslo. Los emigrados mejicanos que el Gobierno había hecho retirarse a Europa, llenos de cansancio, deseaban el restablecimiento de la Monarquía con el nombre de un Principio europeo. El Gobierno inglés se mostró abiertamente contrario a tal proyecto, por la convicción que llevó a su ánimo el comodoro Douppe, comandante de la escuadra inglesa en Méjico, y que en la revolución tuvo medio de estudiar a los hombres de todos los partidos adhiriendo la idea de su antagonismo con la Monarquía, según manifestó en diferentes despachos. Además, el Gobierno británico no quería mezclarse en los asuntos de Méjico; solo deseaba ejercer, como he dicho antes, un acto de vigor pero limitado al litoral mejicano únicamente, para evitar la probable resistencia de la República americana a toda intervención. En España había al frente del Gobierno un hombre de gran sentido político y de probada firmeza, el mariscal O'Donnell, que dirigiéndose a lord Crampton, embajador de Inglaterra en Madrid, se manifestó propicio a la idea de la Monarquía bajo un Principio europeo. En Francia fué acogido el proyecto con verdadero calor y entusiasmo: creíase fácil y poco costosa la empresa. Las riquezas de California inflamaban las imaginaciones, y hasta llegó a decirse que nada era tan fácil como la conquista de la Sonora, y que Francia hallaría tesoros bastantes para atender al pago de su deuda. (Risas).

Era preciso elegir un príncipe, con exclusion de los de las tres naciones llamadas a intervenir, y fué escogido un príncipe austriaco, porque a ello se prestaba además una admirable combinación política. Corría el año de 1860: acababa de tomarse a Austria la Lombardia, despues de la guerra de Italia, y se le daba en cambio un imperio, resultando la doble ventaja de constituir la Italia y de contentar al Austria. Sobre este sueño, sobre esta quimera, permitáseme la frase, se fundó la expedición, y se trató de comprometer en ella al go-

bierno inglés; pero este mostróse inflexible y dijo que solo se circunscribía a una operación en el litoral. Al fin se transigió entre la insistencia de una parte y la negativa de otra, y se hizo el convenio de 31 de Octubre, para exigir una reparación de los perjuicios causados a los súbditos de las naciones interventoras, siendo condición expresa que no se mezclarian en los asuntos interiores de Méjico.

Pero como Francia insistiese en que se diera mayor amplitud al tratado, se introdujo en él la cláusula de que los jefes de las fuerzas aliadas quedaban autorizados para llevar a cabo las operaciones que juzgasen convenientes a obtener el indicado fin y a garantizar la seguridad de los extranjeros, cláusula equívoca que no prescribía, que no consentía, en medio de todo, el que se marchase a Méjico; pero estábamos tan alucinados con la bondad de la empresa, que se autorizó esplicitamente al almirante Jurien de la Graviere para dirigirse hasta la capital.

Llegaron las tropas expedicionarias de las tres naciones a Veracruz a fin de Diciembre de 1861, mandadas todas por el general Prim, a quien no trato de juzgar; el Emperador le confió el mando de las fuerzas de Francia, por mas que los enemigos de dicho general no le concedan ni mucho valor ni mucho talento. Al avistarse la expedición en Veracruz, el pueblo permaneció inmóvil. Solo en Méjico hubo gran exaltación, y hasta los hombres de ideas modernas se asociaron a los revolucionarios para resistir a que se les impusiese un Gobierno extranjero, que llamaba ya a las puertas de la nación.

A toda prisa se publicó el decreto por el que se suspendía el pago de las deudas extranjeras, y el general Doblado, el hombre sabio del país, se puso a la cabeza del ejército mejicano para tratar con nosotros. A los pocos días de entrar las tropas en Veracruz, de donde se retiraron prudentemente los mejicanos, se contaban por centenares los enfermos y los muertos. Había 6,000 españoles, 2,200 franceses y unos 700 marinos ingleses, por lo que Inglaterra, convencida de que no se pasaría de Tampico o de Veracruz, no quiso enviar tropas de desembarco. Los expedicionarios estaban bloqueados por la escasez de víveres y por la peste. El general Prim se fué en derechura a ver al general Doblado, que le dijo: ¿Qué venís a hacer aquí? Si tratáis de establecer un Gobierno impuesto, la resistencia del país será terrible: si venís a reclamar perjuicios hechos a los súbditos extranjeros se lo hará justicia y dará cumplida satisfacción en lo que a ello concierne. «Las instrucciones que traigo son precisas, replicó el general Prim, y no venimos a mezclarnos en los asuntos interiores de la nación, sino a reivindicar los derechos de nuestros compatriotas y tratar con vos francamente; pero nos es imposible permanecer en la posición en que nos encontramos en Veracruz. Comprendo bien, dijo Doblado, que no podéis residir en los actuales campamentos. Voy a retroceder y os dejaré libres treinta leguas de territorio. Podéis ir a Córdoba o a Orizaba, donde es mejor el clima y más sanos los víveres, tratándoos con amistad verdadera, como vereis. Solo os pido dos cosas: que volváis a Veracruz si llegamos a entendernos, y que, para calmar las cabezas exaltadas de Méjico, permitáis que el pabellón nacional flote al lado de los de España, Inglaterra y Francia.»

Pues bien, señores, yo pregunto hoy con sangre fría: ¿Pueden darse condiciones más razonables que estas, dadas las bases de la expedición? Fueron, pues, aceptadas y sirvieron de fundamento al convenio de la Soledad, tal mal interpretado en Europa, y apenas se firmó el 4.º de Febrero las tropas marcharon a Orizaba, sembrando los caminos de enfermos y de cadáveres.

No queréis los mejicanos entenderse con nosotros, fácil les hubiera sido bloquear a Veracruz y hacer que los soldados pereciesen de hambre o de las enfermedades del país. Su ánimo, pues, fué sincero.

Ya en Orizaba, comenzaron las estipulaciones, no con el general Doblado, sino entre franceses, españoles e ingleses, para convenir lo que había de reclamarse al Gobierno mejicano. Los ingleses pedían 80 millones, cantidad que conceptuó siempre exagerada. No así los españoles, grandes propietarios en Méjico, y que, a pesar de los perjuicios que les originó la expulsión decretada por Santa Ana, solo reclamaron 40 millones. En cuanto a Francia, pidió 60 millones, a pesar de que ya había percibido una suma considerable despues de la toma del fuerte de San Juan de Ulúa en 1855. En este estado se hallaban las negociaciones, cuando se supo de repente que el general Lorencez con 5,000 franceses, y precedido de algunos alucinados mejicanos, acababa de desembarcar en Veracruz, y que, casi oficialmente decía que iba a restablecer la Monarquía en Méjico, y a colocar bajo el solio a un príncipe austriaco. Grande y natural fué la sorpresa de los plenipotenciarios español e inglés, que no habían ido allí para esto, y a fin de no verse en una falsa posición y de ser consecuentes con su palabra, exigieron que las nuevas tropas se fueran a la Habana a esperar el resultado de las negociaciones, siendo libres de hacer lo que quisiesen si no había convenio con Doblado y la guerra se consideraba inevitable; pero a todo se opuso el almirante francés y se rompió la alianza.

El orador menciona los perennes de la ruptura, cita algunos diálogos en que se pone de manifiesto la inconsecuencia de la política francesa; menciona de pasada el embarco de los españoles y los ingleses, y refiere a grandes rasgos el primer combate de Puebla y las penalidades sufridas por el ejército del general Lorencez.

«Hé aquí, señores, añade, el primer período de la expedición, de la que los perjuicios de nuestros compatriotas han sido el pretexto, pero no la causa, toda vez que se pudo tratar fácilmente con los mejicanos y no se hizo. Una operación sencilla en su origen, fué complicada hasta lo infinito, según lo demuestran sus resultados. Pasemos ahora a la segunda expedición, al mes de Marzo de 1862, a ese año en que se pidieron, no dos, ni cinco, sino 17,000 hombres, sin que ni al Gobierno ni al Cuerpo legislativo se le ocurriese una sola observación...»

El Sr. JULIO FAVRE: Eso no es exacto.

El Sr. EMILIO OLLIVIER: Hicimos observaciones al Gobierno.

El Sr. JULIO FAVRE: Fué en Junio de 1862 cuando se trató de la cuestión de Méjico, y ruego a mi honorable colega me dispense si lo interrumpo.

El Sr. THIERS: Sea. Es posible que yo cometa un error; pero no hubo discusión amplia para reparar la equivocación ni poner límites a la empresa. Un año nos costó resarcirnos del desastre de Puebla, y no inculpo por ello a nuestros valientes generales, que con tanta gloria se condujeron; pero

aquel sitio fué como los que sostuvimos en otro tiempo en España. Los mejicanos hicieron lo que los españoles en Lérica y Zaragoza, y los soldados franceses se portaron, aunque jóvenes todavía, con el mismo valor que los veteranos del primer imperio. Puebla volvió a nuestro poder. (Muy bien, muy bien.)

Aquí empieza, en mi sentir, la verdadera falta. Los primeros días era fácil hacerse ilusiones; pero más tarde, después de haber oído el relato del señor Cortá, nuestro honorable colega, procedente de Méjico, no se concibe, no puede justificarse tan obstinada insistencia.

Si no hubiera existido en nuestra organización el régimen que deploro; si los Consejeros de la Corona hubieran deliberado como se delibera en todo país constitucional, no habría podido menos de conocer que era imposible resistir a las guerrillas mejicanas; que ese género de lucha sin tréguas ni reposo que se sostiene en las montañas, en las desfiladeros y en las llanuras; que en dos años no habíamos podido pasar de Puebla, y que cuando se combatía por la independencia de un país, la guerra subsiste mientras haya en pie uno solo de sus habitantes. Y no es esto todo. Nosotros, que conocíamos por experiencia los peligros inconvenientes de dominar en Méjico; nosotros, que habíamos vivido entre sus hombres y sus violentos partidos y sus volcánicas pasiones, no pudimos comprender que era una locura llevar allí a ese infortunado príncipe austríaco, cuya posición al día siguiente de llegar a Méjico debía ser insostenible por mil motivos?

Se hablaba también de las riquezas de Méjico, que, a fines del siglo, producía a España más de 200 millones al año. El universo todo creía que Méjico era un manantial inagotable de tesoros, que disminuían de importancia al descubrirse los de California y Australia. Convento en que existen ricas minas, pero erizada de dificultades la explotación. Para extraer la plata y el oro se necesita del fuego ó del mercurio, y era preciso para la explotación que España enviase el azogue de Almadén, lo cual constituía una relación casi providencial entre ambos pueblos. No niego en absoluto la riqueza del suelo mejicano; conozco que es fértil, pero enfermo, pestilencial; la propiedad está distribuida con desproporción: reside solo en manos del Clero ó de grandes capitalistas, y el territorio no ha producido jamás, por estas mismas condiciones, lo necesario para alimentar y sostener al país.

Una resistencia, pues, inevitable, como la que nos opusieron los españoles; una situación intolerable para el Príncipe que se escogiese; una riqueza imaginaria por el pronto, y que podría ser positiva á fuerza de sangre, de años y de millones; y por último, una formidable y segura oposición por parte de los Estados-Únidos; tales eran los elementos que se ofrecían para establecer en Méjico un nuevo Trono. Si el Gobierno francés hubiese estado bien constituido, ninguno de estos inconvenientes se habría ocultado á la perspicacia de sus ministros.

¿Y qué sucedió? Lo ignoramos. Después de la toma de Puebla se marchó á Méjico. En Mayo estábamos en el primer punto, y en Junio en la capital, donde apareció ese partido que tantas maravillas nos vino á pintar algunos meses antes; constituyóse un Gobierno provisional, compuesto del general Almonte; del Arzobispo de Méjico, del señor Bastida y del general Salas; luego se formó una junta, y más tarde una Asamblea de 215 personas que votaron el restablecimiento de la Monarquía bajo el cetro de Maximiliano; hombres todos muy honrables, sin duda, pero candidos, optimistas, como ántes he dicho. Una diputación viene á Europa, y durante ese tiempo el ejército francés no se detiene en Méjico, sino que se apodera de los distritos de Querétaro y Guacamucos; pero las personas ilustradas abrigaban dudas respecto al éxito de la empresa, y un rico comerciante, muy conocido en Francia, me escribía desde aquel país describiéndome el estado de los asuntos políticos. Los mejicanos, me decía, están derrotados, pero no sometidos; se necesitan mucho tiempo y muchos millones para dar remate á una conquista que hoy es ficticia, pues apenas salen de este pueblo los franceses, entran en él los liberales, y dominan y mandan en absoluto. Me abstengo de nombrar al autor de la carta, para no lanzar un nombre francés en medio del huracán de pasiones, desencadenado en este momento. (Muy bien.)

La diputación llega á Europa, pasa por París, y ve en Miramar al Príncipe Maximiliano, hombre de talento, de generoso corazón, apasionado de lo grande y de lo bueno, pero falto de la experiencia necesaria para reconocer los riesgos de lo que se le ofrecía. Sin embargo, los legó á vistamar, y si se decidió á aceptar fué con la conciencia tranquila, y se detiene en Méjico, sino que se apodera de los distritos de Querétaro y Guacamucos; pero las personas ilustradas abrigaban dudas respecto al éxito de la empresa, y un rico comerciante, muy conocido en Francia, me escribía desde aquel país describiéndome el estado de los asuntos políticos. Los mejicanos, me decía, están derrotados, pero no sometidos; se necesitan mucho tiempo y muchos millones para dar remate á una conquista que hoy es ficticia, pues apenas salen de este pueblo los franceses, entran en él los liberales, y dominan y mandan en absoluto. Me abstengo de nombrar al autor de la carta, para no lanzar un nombre francés en medio del huracán de pasiones, desencadenado en este momento. (Muy bien.)

Pero partió; fué á Roma á resolver la cuestión de los bienes del Clero, cuestión en que la corte romana se mostró poco dispuesta á tomar la iniciativa, pues si bien en Francia ha sancionado el hecho, consumado ya, de la desamortización sin detrimento de la Iglesia, no podía autorizarla sin derecho, como se deseaba respecto á Méjico. Roma acogió al Príncipe con esa benevolencia que conocen los que han tenido la honra de acercarse al Sumo Pontífice, pero nada más. Maximiliano arregla entonces en Miramar los preliminares de la cuestión de Hacienda; reconoce los deudas inglesas y francesas; sale para Méjico; llega allí en Mayo de 1864, y es bien recibido. (Cuanto se nos ha hablado de tal acogida! ¡Dios mío! Aquí hay hombres más ancianos, más jóvenes y de la misma edad que yo. Vigüeme todos si, al alzarse un Gobierno nuevo en cualquier parte, no ha sido victoreado con universales aclamaciones. (Risas y movimientos diversos.)

Maximiliano se ocupó de echar los cimientos del edificio imperial. Si no, si habéis consagrado como yo parte de vuestra vida ocupados en leer y en meditar ese admirable monumento del espíritu humano que se llama la Correspondencia de Napoleón I, habéis encontrado grandes semejanzas entre la expedición de Méjico y la que hicimos á España en 1808. Maximiliano hizo allí lo que los hermanos del Emperador en lejanos países. Abrió en sus trabajos, con gran actividad y acierto, todos los ramos de la administración y de Gobierno, y aboró, en fin, la cuestión más insoluble y ardua del reino: la concurrencia de los bienes eclesiásticos. Después de largas negociaciones, el Clero no quiso aceptar las bases propuestas por el Soberano; el carácter de éste era inquieto y un tanto arrebatado; irritóse, rompió con el Clero por medio de una carta, cuyo fondo era razonable y justo; pero quedó de repente aislado y sin otro apoyo que el de las bayonetas francesas.

En el otoño, al cesar allí las grandes lluvias, el ejército continuó sus movimientos hacia el Norte en tres columnas sobre un frente de cien leguas, y compuesto del enorme número de 40,000 hombres, que no eran dueños del país, infestado de partidas sueltas, que no poseían más sitio sino el que ocupa un buque al atravesar el Océano, cerrándose después á su paso. (Sensación.) Era muy difícil apoyarse en el ejército mejicano: el numerario comenzó á faltar, porque no fueron bastante los diez y ocho millones de duros que el

Emperador Maximiliano creyó suficientes para atender á todo género de necesidades. La reforma de los presupuestos le dio á conocer aún más lo escaso de los medios, y entonces recurrió á empréstitos europeos.

Mr. Thiers se estiendo, al llegar á este punto, en largas é ilustradas consideraciones para probar lo ruidoso é impracticable de las medidas financieras, lo poco acertado del empréstito llamado mejicano, y vuelve á combatir la errónea base de las riquezas del país preconizadas por el Sr. Rouher, ministro de Estado, á cuyo efecto recuerda las palabras de dicho señor, que, al contrastar con la verdad de los hechos, escitan en labios del señor Thiers la hilaridad de la Cámara varias veces. Después de exponer la ineficacia de los arbitrios escogidos, continúa diciendo el orador:

«En 1866 había empeorado mucho nuestra situación: nuestras columnas estaban concentradas y detenidas. Triunfaban los Estados Unidos en su guerra interior, y envaletonados los liberales, se apoyaban en el Río Grande y en la frontera americana en demanda de auxilios que creían seguros. En Chihuahua, refugio de Juárez, era formidable la resistencia. Corona hostilizada á nuestros soldados en Sinaloa, Porfirio Díaz en Oaxaca y Régulo en el Pacífico. Los fondos del ejército francés sufragaban los gastos del Méjico, que no podía ser organizado por una ley de quintas, según pretendía el mariscal Bazaine, porque el Emperador se negaba á plantar allí una de las cargas mas onerosas de Europa. El Yucatan estaba desgarrado, y para fortalecerlo habría sido preciso debilitar la línea de operaciones de Méjico á Veracruz. Hace poco que os hablaba de la expedición á España de 1808.

Pues bien: en Méjico sucedió lo mismo, lo que acontece cuando la situación es mala, que se quejan los unos de los otros. Los generales de Napoleón I se quejaban del Rey José, y el Rey José de los generales. Pronto nació la disidencia entre la autoridad francesa de Méjico y la autoridad imperial. Entonces ocurrió un suceso doloroso; y si os hablo de los yerros de la situación, es porque sobre ellos descansa una malhadada resolución: el decreto de 3 de Octubre de 1865, origen de tantas y tan horribles desgracias. En todas partes se decía que el Gobierno era muy débil, que consentía el que un ejército de bandidos recorriese los caminos, sin apercibirse que era difícil distinguir los salteadores de los que, después de todo, no hacían más que defender su territorio. (Aprobación á la izquierda del orador.)

Dios me libre. (Ruido, interrupción.) No sé por qué no se creen sinceramente mis palabras. Hago responsable á la situación de aquel malhadado decreto; pero á nadie inculpo, y lo repito con mayor fuerza y energía: al lado de aquellos bandidos había hombres que defendían su país, y que tenían el derecho de hacerlo. (Nueva aprobación á la izquierda. Rumores.)

El PRESIDENTE: La gravedad del debate nos impone el deber de escuchar en silencio. (Aprobación.)

El Sr. THIERS: Por aquel decreto se amnistia á los que se sometieron, pero á los rebeldes se les condenaba á muerte en consejo de guerra, que debía deliberar en el corto espacio de veinticuatro horas. ¡Oh, señores! Este decreto cayó en manos, no de la justicia, sino de los partidos políticos. Muchos oficiales sucumbieron, entre ellos los generales Arteaga y Salazar, cuyas desgarradoras cartas de despedida á sus madres habrán tenido ocasión de leer.

El efecto de estas ejecuciones fué terrible, aun entre los mismos franceses; el país se consternó. ¡Lo que debe enseñar á los hombres á no dejarse llevar de los arrebatos del momento, y á recordar que algún día han de comparecer ante la eterna justicia, es que el autor de aquellos fusilamientos, el general Méndez, acaba de perder la vida del mismo modo! Diré, y por desgracia muy tarde, á los hombres dueños hoy de Méjico: tened siempre delante de la hora del juicio supremo, y sabed que la represalia es un pantano de fango y de sangre donde perecen todos los que en él ponen su planta. (Muy bien, muy bien.)

Conmovido el Gabinete de Washington ante la enormidad del decreto, y desembarazado ya de la guerra civil, pidió cuenta de él al de las Tullerías, que remitió á Maximiliano la responsabilidad de contestar. Entonces el Gobierno de los Estados-Únidos, fija la vista en los acontecimientos del Imperio vecino, preguntó al de Francia: ¿cuáles eran sus intenciones en América, diciéndole: Es natural que estéis en guerra con Méjico, y no nos extraña que un ejército europeo combata en América; pero habéis venido á pedir protección para los subditos y establecimientos una Monarquía. ¿Qué diréis si nosotros fuéramos á Europa á establecer una República? No lo sufriríamos: pues bien: lo mismo nos sucede á nosotros.—Francia dijo: Reconoce al Emperador Maximiliano, y facilitad la retirada de las tropas francesas.—No, responden los Estados-Únidos; es un extranjero, y para nosotros no hay legitimidad en Méjico sino el Gobierno republicano de Juárez. Si insistís en la ocupación, la paz se hará imposible entre nosotros.

Entonces se tomó el partido, que yo aplaudo, de retirarse de Méjico en tres fuertes destacamentos, uno en 1866 y los restantes en 1867; pero lo que no aplaudo, sino que por el contrario condeno, es el haber exigido á Maximiliano el pago de 87 millones por la satisfacción pueril de nivelar nuestros presupuestos, en cuyo equilibrio no he creído nunca, sin recordar que tan indispensables eran al infortunado Monarca para continuar en su movible trono. Y como si esto no fuese aun bastante, nos quedábamos con la mitad del producto de las aduanas de Tampico y Veracruz, determinación que aflijó el ánimo del Soberano que ya no existe. Además, la viva imaginación de Maximiliano estaba impresionada en los últimos tiempos con la idea, errónea por supuesto, de que Francia se había aliado con los Estados Unidos para forzarle á una abdicación y restablecer el Gobierno de Juárez. A consecuencia de esto, se resolvió el viaje de la emperatriz á Europa, y mientras el Emperador decía que todo iba en Méjico á las mil maravillas, y que era falso el viaje de la Emperatriz Carlota, el telegrafo de Saint-Nazaire nos participaba la llegada de la infeliz princesa, que fué recibida en las Tullerías.

Varias voces: Descansad un momento. El Sr. THIERS: Es inútil. Voy á concluir. Fué recibida, como digo, y se convenció de la buena fe del Emperador en cuanto á la supuesta alianza; pero adquirió en cambio la dolorosa convicción de que no podía contar ni con los soldados ni con los auxilios pecuniarios de Francia. Entonces fué á Roma, impulsada por la necesidad, por la más cruel de las necesidades. Ya sabéis lo que sucedió á la infortunada Emperatriz bajo el peso de los tremendos golpes que recibiera; y en presencia de tanto infortunio, ¿qué podré yo decirle ni desearle? Ni siquiera que pueda en un momento de lucidez adquirir la conciencia de su inmenso infortunio. (Profunda sensación.) Me temeré es rogar al cielo para que el Divino Autor de lo creado, fuente de consuelos para las almas que sufren, alivie de alguna manera esa gran desgracia, la más terrible de las desgracias reales de nuestro siglo. (Sensación. Movimientos diversos.)

El Emperador Napoleón modificó un tanto el proyecto de retirada de las tropas, retardando la salida del primer destacamento, lo cual daba seis meses de respiro á Maximiliano; pero este cambio no se notificó de graciamente á los Estados Unidos, por olvido, sin duda, del marqués de Moustier, nuevo ministro de Negocios extranjeros, y al pasar la cartera de una mano á otra se omitió tan importante requisito diplomático. Mejor hubiera querido, por mi parte, que se olvidase de la cuestión del Luxemburgo. (Risas en algunos bancos.) Desagradables en alto grado fueron las complicaciones que de ello surgieron, hasta que al fin se

decidió que abandonáramos á Méjico de una sola vez en la primavera del año actual, y que fuera allí, en nombre de Francia, el general Castelnau, y en el de los Estados Unidos el Sr. Campbell y el célebre general Sherman.

El general francés iba á facilitar la evacuación, dejando en libertad al Emperador, pero aconsejándole que regresara á Europa, lo cual habría sido muy acertado. Si así se verificaba, debía entenderse dicho general con el Gobierno de Juárez vencedor, cuando habíamos podido hacerlo con Juárez vencido. Pero preciso era garantizar la seguridad de los subditos. Los representantes de los Estados Unidos fueron á dar al presidente un apoyo moral y material en la frontera, y á recomendarle la mayor prudencia respecto á los franceses. La salida de ambas misas, la noticia de la próxima evacuación, y la desgracia terrible acontecida á la Emperatriz, exaltaron la imaginación de Maximiliano, que concluyó casi por trastornarse al ver llegar á un tiempo mismo á Veracruz al representante de Francia y al de los Estados Unidos, y volvió á asaltarle la duda de si se trataba ó no de hacerle abdicar.

El partido que se había separado de él, le rodeó entonces en Orizaba; los generales, cuyos nombres hemos visto inscritos en el sangriento drama que acaba de representarse, le ofrecieron sus espadas, y el Clero sus recursos pecuniarios. El infortunado príncipe, viéndose en el abandono de Francia y conmovido con las pruebas de afecto de aquellos hombres, se impulsó el huroso deber de permanecer en el país y volvió á Méjico, con menosprecio de su vida. Nuestras tropas regresaron en buen orden, y después... ya sabéis todos lo que ha sucedido.

He aquí completa la triste y dolorosa historia, referida con datos incontestables. Si en algunos pormenores he podido equivocarme, el carácter de los hechos os lo he presentado con realidad. Ahora voy á resumirlos y á juzgarlos. (Movimientos de atención.)

Varias voces: Descansad un poco.

El Sr. THIERS: No; permitidme que continúe. La expedición ha durado seis años: los seis primeros meses se pasaron en el litoral, ocupados en establecerse, en comenzar las negociaciones para proteger á fin de realizar el pensamiento que nos dio la idea de la empresa. A los diez y ocho meses, y después del descalabro de Puebla, bien poquitos habernos convencido de los quiméricos proyectos de los refugiados mejicanos, y de que se necesitaban más de 60,000 hombres, como dijo en el Senado el general Forey, para sostener con medianas probabilidades de éxito la campaña. El clima, las poblaciones, la escitad de la república americana, todo nos era hostil. Hubiera sido preciso detenerse al reparar el primer desastre, y no lo hicimos, á pesar de los avisos de la experiencia. Los años 1865 y 64 se invirtieron en buscar á Maximiliano en Europa, en persuadirlo y en conducirle á Méjico.

Los primeros días, concedo que se concibieran algunas esperanzas; pero desde 1865, en que crecieron las dificultades, en que el Emperador recurrió á Europa en demanda de auxilios, y se contrató el famoso empréstito; desde que se promulgó el decreto de 3 de Octubre de 1865, sonó para Maximiliano la hora de la ruina, y al desaparecer el año de 1866, que se pasó entre angustias y perplejidades, vino el de 1867, que ha visto el horrible fin del drama de lágrimas y sangre.

Ya conocéis los resultados. Fuimos á Méjico para proteger á los subditos franceses y procurar el resarcirlos perjuicios. Unos pocos millones bastaban y los hubiéramos obtenido. En cuanto á nuestro comercio, recuerdo que el señor ministro de Estado, confundiendo á Méjico con los demás países de América, me dijo que ascendía á 540 millones. Si esto fué exacto, Francia hoy se vería perdida, arruinado nuestro comercio, y no la esta, pero si en gran peligro, porque antes la consideración que se tenía á Francia nos hacía respetados en medio de esos anárquicos países. (Interrupción.) Yo sé muy bien que el poderío de Francia pesa siempre en el mundo, á pesar de sus recientes desgracias; pero en aquellas regiones, hoy, después de la expedición de Méjico, la grandeza de Francia no inspira el temor que en otros tiempos. (Rumores.)

El Sr. JULIO FAVRE: Eso, por desgracia, es verdad.

El Sr. THIERS: Creo que los que me interrumpen con sus rumores no saben cuál es la opinión general en el país.

Se concibió el proyecto de reorganizar á la raza latina y de que esta se opusiese á las invasiones de la anglo-sajona, triunfante hoy, que escita las generales simpatías, y que sería de desear se desbordase en Méjico para castigar, lo que nosotros no podemos hacer, los odiosos crímenes de la raza latina, las desgracias de nuestros compatriotas. (Movimientos diversos. Muy bien. Aplausos á la izquierda del orador.)

Y después del mal que nos ha hecho la expedición fatal en el Nuevo-Mundo, ¿podré necesidad de exponer el que nos ha inferido en Europa? El estado de esta última en el año anterior era grave. Había operado en Alemania una de las mayores revoluciones de los siglos; era preciso que tuviéramos las manos libres.

Sé muy bien que, á pesar de todo, Francia habría podido terciar dignamente en cualquier debate; pero la expedición de Méjico pesaba infinito en la balanza de los sucesos, no por el número de hombres que allí había, sino por las circunstancias especiales de los mismos, por los enormes gastos que causaban al presupuesto de la Guerra, por la destrucción de los cuadros de los batallones. (Interrupción.)

El Sr. JUBINAL: Eso no debe decirse nunca en la tribuna.

El Sr. THIERS: Pero me detengo para poner de manifiesto la enseñanza que de todo ello se desprende.

Si ha habido en el mundo expedición alguna que no haya arrastrado ni á la nación ni á los poderes públicos,—á esta, Toda Europa la ha juzgado como podemos juzgarla aquí después de su desenlace.

Grabados tengo en la memoria los sarcasmos arrogantes,—perdonéme la frase—de los periódicos extranjeros, los diarios alemanes, y, sobre todo, de los ingleses, no obstante ser su país el único que debía aprovecharse de nuestra expedición de Méjico. A una sola voz decían: ¡Buena le ha caído entre las manos á Francia con tal empresa! Ya que tanto le gustan las ocupaciones turbulentas, esta le ha de dar que hacer y le ha de salir á la cara!

Esto se propalaba en Europa, y todo el mundo apreciaba el hecho de idéntica manera que nosotros aquí. Pero en Francia, ¿demasiado lo sabéis, nadie asintió á la expedición de Méjico. Insisto en que no ha habido empresa que desde su principio haya sido iniciada por el país de un modo más uniforme.

Me atrevo ahora á hablar de la Cámara? No tengo derecho para ello. Estrano á todas las cosas de la época, apenas conozco—sed indulgentes con mi confesión—á algunos de mis colegas. No he recordado por lo mismo sus confianzas, y si hubiese sido objeto de ellas, no las revelaría. Pero conozco á los hombres á quienes hablo; observo atentamente cuando les dirijo la palabra, y estoy convencido de que la Cámara no aprobaba la expedición de Méjico, y que si lo se prestó á un acto de resistencia al poder, fué por un sentimiento que yo respeto, por un sentimiento de consideración que creyó deber guardar al Gobierno. (Asentimiento en muchos bancos.)

Y no es esto todo. Si no merezco yo vuestras confianzas, menos mereceré las de los ministros y de varios personajes que gozan de la intimidad del jefe del Estado; pero como hecho público y noto-

rio, me consta que en las más altas regiones la expedición de Méjico, si no su citaba directa censura, de soslayo era mirada con recelo y enjendrada profundo pesar.

Luego la nación no estaba por esa empresa; luego si los poderes públicos no estorbaban su realización por medio de un voto, era por razón de simples consideraciones que yo respeto; luego tampoco en torno del jefe del Estado obtenía completa aprobación. ¡Y se ha verificado, sin embargo, y ha durado tres, seis años!

¿Y bien! ¿Qué deducís de aquí? ¡Oh! la conclusión está en todos los espíritus: es necesaria la resistencia respetuosa, pero firme, tanto más firme cuanto que va acompañada de una adhesión más sincera.

No se puede prestar al jefe del Estado un servicio más grande que el de resistirle en ciertas ocasiones. (En algunos bancos: Muy bien.)

Y permítidme decir algunas palabras muy sinceras, porque son el resultado de las opiniones, de las creencias de toda mi vida; y cuando bajo todos los sistemas, sin excepción, un hombre ha sacrificado, al creerlo preciso, su existencia política, sus convicciones son evidentemente sinceras.

Ahora bien: siempre se me ha contado entre los hombres que en Francia buscaban la libertad bajo la monarquía. Hay dos maneras de comprender la monarquía: ambas tienen sus partidarios, y yo respeto á los partidarios de la una y de la otra. Séame lícito exponer en breves frases estas dos maneras de comprender la monarquía.

La primera es un principio que gobierna soberanamente servido por ministros que ejecutan aisladamente las órdenes que les son dadas; obrando sin concierto, los unos ignoran lo que hacen los otros, y después, cuando los acontecimientos se han realizado, los más elocuentes vienen aquí, en tiempo útil ó no, á exponer los actos del Gobierno. Tal es la primera forma de la monarquía.

He aquí la otra. Un jefe del Estado, que tiene ministros respetuosos y adictos, los cuales se concertan entre sí adoptando en común, en consejo de gobierno, todas sus medidas sobre las cuestiones grandes y pequeñas, sobre las de interés particular como sobre las de interés general, las someten con respeto pero con independencia al jefe del Estado, no ejecutando sus órdenes sino en conformidad con sus pareceres; siempre prontos á consagrarse á él para el cumplimiento de sus consejos; pero siempre dispuestos á retirarse si no tienen la dicha de conciliar la voluntad del jefe del Estado con su propia responsabilidad, (movimientos diversos) y á resistirle después apoyándose en una asamblea que les resistió á ellos mismos, y descansando todos en la opinión del país que debe hacer la ley bajo tales gobiernos.

Tal es la segunda forma de la monarquía, forma bajo la cual cabe, en mi concepto, dar tanta libertad como la república. Esta es la forma á la cual yo me he consagrado hace cuarenta años, la forma que yo deseo para mi país, prescindiendo de las personas, y estoy convencido de que los verdaderos amigos del gobierno deben desear que de aquella primera forma se pase lo mas pronto posible á la segunda.

El PRESIDENTE: El honorable Sr. Thiers me permitirá decirle...

Algunos individuos: Dejadle hablar.

El PRESIDENTE: Precisamente yo deseo que esta palabra no me ponga en la necesidad de hacer observar que, en vez de discutir sobre Méjico se discute sobre la Constitución.

El Sr. THIERS: ¡Oh! señor presidente, yo por mi parte juzgo la situación muy grave, la ocasión muy solemne, para no esforzarme en mantenerla, y permítidme añadir que lo hago con alguna experiencia de las difíciles funciones que aquí ejerzo, para no esforzarme, decía, en observar la conveniencia moral, sino también la conveniencia constitucional.

He oído á muchos de mis honorables colegas decirme, cuando les exponía en mis conversaciones íntimas mi manera de pensar sobre esto: Pero esta forma de gobierno que creéis la única saludable para la Monarquía, es á la que marchamos.

Bien, sea; reconozco que marchamos á ella. Dejadme añadir que los esfuerzos que hago en este momento tienden todos á que marchemos más vivamente. Es necesario no detenerse en este camino, para que no se interpongan la expedición de Méjico y los acontecimientos de Alemania. (Movimientos diversos.)

Yo os suplico que marchemos vivamente á este punto; marchemos á él en interés del país, del Gobierno, de todo lo que amamos, de todo lo que nos honra, de todo lo que respetamos profundamente. Yo no hubiera tocado á estos tristes sucesos, señores, sino para obtener un resultado, que es permitido pedir después de las grandes desdichas: un progreso en las instituciones. (Viva aprobación en diferentes bancos. La sesión fué suspendida durante un cuarto de hora.)

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 15 DE JULIO DE 1867.

IMPORTANCIA Y CONVENIENCIA DEL CONCILIO GENERAL.

I.

El suceso que empezó á anunciarse hace algún tiempo como esperanza ó temor, se verificará á no dudar con la ayuda de Dios. Hablamos del Concilio general, cuya primera notificación auténtica ha recogido primero á los Obispos del todo el mundo reunidos en Roma, y después á todos los Obispos y á todos los fieles cuya situación no nos ha permitido asistir, sino en espíritu, á la maravillosa fiesta del Centenar.

La importancia de este acontecimiento la han comprendido los enemigos de la Iglesia, que como el reptil al sentirse aplastado por pesada y segura planta se revuelven rabiosos escupiendo inútilmente venenosa baba, según se vé en todas sus manifestaciones, desde los discursos de algunos diputados de Florencia hasta las gacetas impías de ciertos periódicos, los cuales se deshacen en dierlos vergonzosos, forman proyectos que llevan en sí mismos la muestra de la mayor desesperación y hacen profecías que saben no han de tener cumplimiento alguno.

La han comprendido también los católicos que uniéndose á los votos expresados con noble libertad y franca elocuencia por nuestros padres en la fe, han admirado una vez más la fe y la entereza del anciano inerte puesto por Dios al frente de su Iglesia, y se han sobrecogido con grata sorpresa, aun después de tantos sucesos sorprendentes que hacen decir á los Magos de este tiempo: *Pigulus Dei est hic*.

Y por grande que sea la importancia atribuida al Concilio, no cabe exageración en ella. Así los temores de los impíos como las esperanzas de los católicos son muy justos y fundados: hasta para los indiferentes, si pudiera haberlos, á las grandes cuestiones que probablemente se someterán á la decisión del Concilio, ha de ser este un

acontecimiento de incalculable trascendencia, como lo han sido siempre para todo el mundo esas venerables Asambleas con las cuales no merecen bajo ningún concepto compararse, ni los numerosos meetings, ni los Parlamentos, ni los Congresos formados de Emperadores y de Reyes.

La historia registra algunos de estos Congresos, pero ¿quién se acuerda de ellos, mas que los niños de la escuela para maldecir sus nombres que les cuesta trabajo recordar? ¿Qué bien han hecho al mundo? ¿qué verdad han consignado? ¿qué derechos han hecho respetar? Reunidos casi siempre á las órdenes de un conquistador, sus individuos no eran hermanos que se juntaban á ordenar los negocios de la familia ó á defender la honra de su padre, sino vencidos que mal ocultando su enojo y su vergüenza eran llevados á sancionar su propia ruina, jurando en su interior tomar venganza de quien así les oprimía, acaso mientras con mano temblorosa y palabras fingidas le prometían obediencia y sumisión. ¿Qué estabilidad, por consiguiente, podía prometerse á sus acuerdos, sellados y firmados con todas las fórmulas cancellerescas? No está tan lejos aquel Congreso en que los Soberanos de Europa llamaban primo y estrechaban la mano de Napoleón que se reía con los cómicos llamados á representar delante de un concurso de majestades, y poco tiempo después, al oír el rugido del león de España que se resistía á las garras del águila francesa, se levantaban contra aquel á quien habían adulado, rebajándose á aplaudir á sus comediantes y bailarinas.

No sucede así con los sagrados Concilios de la Iglesia, Congresos de diputados elegidos por Dios, inspirados por él, y presididos por su Vicario.

La historia de los Concilios es la del verdadero progreso humano. Cada uno de ellos es como una etapa en el camino de la propagación evangélica, como un nuevo sol en esa alternativa constante entre la luz del Evangelio y las tinieblas del vicio y del error, y cada uno representa un triunfo de la virtud y de la verdad en la gran lucha que vienen sosteniendo contra todo linaje de pasiones. La convocación de un Concilio ha sido siempre la aurora de la paz, y su conclusión la misma paz llevada al mundo para los hombres de buena voluntad y la derrota de los temerarios que, á trueque de no humillar su cerviz al yugo de la fe, renunciaron á Dios y á su salvación.

Porque, si bien se considera, la historia de la inteligencia humana, se reduce, en su parte más elevada, á reseñar la guerra empeñada allí en el Paraíso entre el espíritu divino y el espíritu malféfico y rebelde que habló por la serpiente. En los tiempos antiguos Dios salvó la verdad, conservándola por medio de milagros, como en una arca, en el pueblo escogido, á la manera que en los días del diluvio había salvado en el arca de Noé algunos seres de la creación. Fuera de aquel radio, alumbrado casi de continuo por la luz profética y defendido maravillosamente por el brazo de Dios, densas tinieblas cubrían toda la tierra, brillando apenas tal cual ráfaga de verdad, como en una noche negra y tempestuosa se divisa alguna estrella en un ángulo del firmamento.

Mas en la plenitud de los tiempos, el sol de justicia, nacido en Judea, debía alumbrar á todo hombre que viene á este mundo, y Dios creó una institución perpetua en lugar de los antiguos celadores de la doctrina y de la ley; y el milagro que sostuvo al pueblo judío, dejó, en cierta manera, de ser milagro en el pueblo cristiano, por haberse convertido en un hecho constante y regular. La institución fué la Iglesia católica; el milagro, la asistencia continua del Espíritu Santo, y la de Jesucristo, donde quiera que dos ó tres se reúnan en su nombre.

Desde entonces la voz de Dios se ha podido oír en todos los extremos de la tierra. La verdad ha sido católica, no excluyendo á ningún pueblo de su benéfica influencia, antes dirigiéndose universalmente á todos, sin hacer distinción entre el blanco y el negro, el griego y el romano, el esclavo y el señor.

El espíritu humano ha seguido en libertad de disputar sobre el mundo que desde el principio le fué entregado, pudiendo dedicarse á esta discusión con más seguridad y mayor desembarazo, sabiendo que hay quien vigila para llamarle al buen camino, si por desgracia lo abandona, elevándole á mayor altura hasta las regiones de la fe.

Y esto ha sucedido y sucederá con frecuencia, siendo como es inmenso nuestro afán de investigación es insaciable en el mundo nuestra ambición de saber, y por otra parte tan relacionados é inmediatos el orden natural y el sobrenatural.

Los hombres á veces han confundido miserablemente estos dos órdenes, sujetando el uno al otro de distinta manera que los ordenó Dios, ó han negado su distinción; otras veces penetrando con entendimiento profundo, pero soberbio, en el orden sobrenatural, encontráronse nadando en un mar de tinieblas, y pretendieron ¡infelices! hacer creer que era luz resplandeciente la oscuridad que les rodeaba, que era verdad el error. En cada uno de estos casos, si los ingenuos orgullosos tuvieron alguna influencia, el mundo quedó sumido en un abismo de dudas y de confusión, y en camino de volver hasta los absurdos de la mitología pagana. Los talentos sobresalientes y adocinados defendían cada cual sus opiniones, y los pueblos y los talentos medianos andaban perplejos y angustiados, no sabiendo á qué maestro habían de seguir.

Entonces la Iglesia levantó su voz diciendo

ne cinco años y ha ingresado en el departamento de mujeres del mismo establecimiento.

Parece que recientemente se ha hecho una limpia general en el gran depósito del Campo de Guardias, operación que se verificó de tiempo en tiempo, aunque las aguas del Lozoya vienen muy filtradas por el canal, y por lo tanto no es posible que ensucien el depósito ni las canchales.

En la semana que ayer terminó, algo aumentaron en número las fiebres estacionales, que fueron casi todas del aparato gástrico: así es, que hubo muchas calenturas gástricas, que degeneraron algunas de ellas en tifoideas o nerviosas; bastantes irritaciones gastro-intestinales bajo la forma de diarreas, disenterias más o menos pertinaces, cólicos biliosos, embargos gástricos e intestinales, y no pocos dolores reumáticos y nerviosos que se hicieron algo tenaces, a pesar de emplearse los medicamentos más indicados. Presentáronse también algunos casos de pleuresías, de neumonías, de vesículas y de hemoptitis, enfermedades graves, a las que sucumbieron algunos de los que llegaron a padecer, no obstante de haberse apelado para combatirlos a los medios que

aconseja una sana práctica. Unido este número al que ocasionaron las afecciones crónicas, particularmente la tisis, la mortandad fué mayor que en la anterior semana.

Ha llegado á Barcelona el brigadier de la armada y diputado á Cortes D. Manuel de la Pezuela.

En el territorio de la audiencia de Sevilla se hallan vacantes las notarias de Alariz, Arahal, Azuqueca, Benacazon, Benamé, Benacazon, Cabra, Castilblanca, Chipiona, El Bosque, Encinasola, Gercena, Real, Estepa, Fuentes de Andalucía, Gercena, Guillena, Herrera, Los Barrios, Los Corrales, Luisiana, Marchena, Minas de Riotinto, Morente, Monturque, Paterna del Campo, Rociana, Saez de Villafranca de las Aguias.

Ayer ha jurado el cargo de teniente alcaide de esta capital, con destino al distrito del Hospicio, el señor marqués de Guadalest, cuyo cargo se hallaba vacante por haber sido nombrado alcaide-corregidor de Madrid el señor marqués de Villamagna.

Se ha dispuesto de Real orden que en

los cuerpos de infantería de marina, Estado mayor de artillería de la armada, guardias de arsenales y compañía de inválidos, así como en los oficiales que proceden de ellos pertenecen a la escala de la reserva, quede abolida desde luego la denominación de subteniente y adoptada la de alférez, con que se nombrará a aquella clase.

Mañana á las ocho de la mañana, se celebrará en la iglesia de religiosas de Santa Teresa, á espensas de una familia favorecida por la Santísima Virgen, Misa mayor, *Te Deum* y salve en acción de gracias á Nuestra Señora del Carmen. El mismo día, á las diez, será la función principal con sermon, que predicará el Sr. D. Ruperto Urra, predicador de S. M., y por la tarde, á las seis, habrá completas, letanía, salve y solemne reserva, asistiendo á estos cultos una orquesta brillante y numerosa.

Dentro de breves días quedará planteado probablemente el nuevo arreglo de vigilancia pública de esta capital para dar cumplimiento á la nueva ley sobre orden público. Con motivo de esta reforma, parece que se crean celadores, á cuyo cargo estará la vigilancia de dos barrios, con

una oficina y el personal suficiente para atender al despacho del público.

El jefe del distrito será el inspector, á cuyo cargo estarán las celaduras y la vigilancia en general de la demarcación; y tan luego como se ponga en práctica esta reforma se hará un empadronamiento general por estas oficinas, según nos dicen, para llenar los libros con toda la exactitud necesaria.

El sábado se leyó en el Congreso la co- municación de haberse concedido el retiro, por haber jurado el cargo de diputado, al subinspector de segunda clase de sanidad militar D. Cesáreo Fernandez Losada.

A fines de mes saldrá para los baños de Santa Agueda el Sr. Cánovas del Castillo.

El diputado por Badajoz, Sr. Piñero, presentó al Congreso una exposición de varios propietarios de Campanario, para que se les respeten sus derechos en las roturaciones arbitrarias que han llevado á efecto, en cumplimiento de las disposiciones de Julio y Setiembre de 1865, y para que el Gobierno procure dispensarles la protección conveniente en el uso de sus propiedades.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Camilo de Lellis y San Enrique, Emperador.

SANTOS DE MAÑANA. El Triunfo de la Santa Cruz y Nuestra Señora del Carmen.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de monjas Maravillas, donde se celebrará á Nuestra Señora del Carmen, con Misa solemne y sermón, y por la tarde completas y reserva.

También se celebrará á Nuestra Señora en los conventos de Carmelitas de Santa Teresa y de las Comendadoras de Santiago por la comunidad de Santa Ana, con Misa mayor, manifestación y sermón, y por la tarde completas y reserva, y se dará la absolución general.

VISITA DE LA CORTE DE MARÍA. Nuestra Señora del Carmen en su iglesia, ó en la parroquia de San José.

Se reza del Triunfo de la Santa Cruz, con rito doble mayor y color encarnado.

Tanto los anuncios como los comunicados se insertan á precios convencionales.

SECCION DE ANUNCIOS.

Rebaja á las corporaciones, sociedades mercantiles y á las particulares que anuncien periódicamente.

Bello CARBON DE BELLOC PARIS

La Academia de medicina de París, en su sesión del 27 de diciembre 1849, ha aprobado y recomendado el uso del Carbon de Belloc para curar las gastralgias y en general todas las enfermedades nerviosas del estómago. — Y la experiencia por su parte ha patentado que es el único remedio por excelencia contra los estreñimientos y la colera. — El Carbon de Belloc se toma durante las comidas, bajo la doble forma de polvos ó de pastillas.

DEPÓSITO

Sres. Borrell, Sanchez Ocaña, Escolar y Moreno. Mi. quel. Por mayor, Agencia franco-española, Sordo, 31. — Precios, pastillas 9 rs. Polvos, 12. (A.)

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL DOCTOR FRANK

Estas piloras, únicas autorizadas, son consideradas desde 70 años aca como el purgativo más eficaz y más saludable. Tómense ya en ayunas ya con la comida. Exijase que cada caja y el prospecto que se da gratis lleven la firma A. Rouvière y las iniciales A. R. en el centro de la marca de fábrica: Hôtel Richelieu, vis-à-vis de la rue d'Antin.

En París, Farmacia Leroy, 45, rue Neuve-Saint-Augustin. En España en todas las buenas farmacias.

PLUS DE CHEVEUX BLANCS NO MAS CABELLOS BLANCOS. AGUA DE SALLES, 44 y 50 rs.

Este producto sublime vuelve para siempre los cabellos blancos y á la barba su color primitivo sin ningún preparación ni lavaduras.—Progreso, inmenso éxito garantido. Em. Salles.—Perfumista químico, 3, rue de Buci, París.—Madrid, Agencia franco-española, 31, calle del Sordo, sirve los pedidos.—Al por menor, C. Miró, Arenal. (Núm. 2,510.—A.)

EFICACIA DE LAS PILDORAS DEPURATIVAS LAXANTES.

La acogida que ha encontrado nuestro específico dentro y fuera de España, indica bien claramente su importancia. Nuestras pildoras son el purgante más cómodo, más suave, más eficaz y más barato que se conoce. Curan los padecimientos del estómago, los del hígado, los que proceden de la crasitud de la sangre, los que nacen de un estado pleorético y congestivo ya sea del pulmón ó del cerebro, los aneurismas, las jaquecas, las hidropesías, la clorosis, la hipocondría, la inapetencia, los dolores nerviosos, los insomnios, el asma, las obstrucciones, la gota, reumatismo, etc.; destruyen la bilis, las lombrices, y proporcionan apetito, vigor y el sueño propio de la salud y el bienestar.

Puntos de venta: Madrid, Hortaleza, 9, botica; Cádiz, Jordan; Cáceres, Dr. Salas; Córdoba, Raya; Coruña, Moreno; Badajoz, Orduña; León, Merino; Lisboa, Cabral; Málaga, Prolongo; Mérida, Guerrero; Jaén, Alvaro; Oporto, Araújo; Toledo, Duque; Salamanca, Víctor; Vitigudino, Fernandez; Zamora, viuda de Escera. (Núm. 556.—18 G.)

MANCHAS Y GRANOS DEL ROSTRO.

LA LECHE ANTEFELICA

disipa y evita elidies, pecas, color asolado, manchas rojas, barros, da al cutis una tez pura, clara y tersa.

El frasco en París, 5 fr. **PARIS** CANDES el Co, boulevard, Saint-Denis, 26.

Depósito al por menor: Miró, calle del Arenal, núm. 8. Precio, 24 rs. Para los pedidos la Agencia franco-española, Sordo, 31. (A.)

OBRAS LITERARIAS

D. JOSÉ MARIA LEON Y DOMINGUEZ, Presbítero.

Deseando el autor facilitar la adquisición de sus escritos á toda clase de personas, ha determinado hacer una rebaja notabilísima en sus precios, en la siguiente forma:

Leyendas históricas y morales, dos tomos en 4.º mayor prolongado, edición de lujo, 52 rs.: se dan por 40 rs.

Páginas del hogar, colección de cuentos, leyendas, poesías, tradiciones, fábulas y artículos, ilustrados con grabados, 3 reales: se da por 4.

Los mártires de Cádiz, El Ángel del Puigcerdá y Dimas ó la huida á Egipto, dramas religiosos para Seminarios y colegios, 8, 7 y 6 rs.: se dan por 6, 5 y 4.

Los que tomen todas estas obras, podrán recibir las pagándolas en tres plazos de 20 reales, acompañando el primer plazo al pedido, y remitiendo los restantes en los dos meses sub siguientes.

Los pedidos al autor, calle de la Compañía, núm. 8, Cádiz.

En Madrid están de venta, con la rebaja dicha, pero no en plazos, en la librería de Olamendi, calle de la Paz, núm. 6.

PILULES DE HOGG

1.º PILDORAS NUTRIMENTIVAS DE PEPISINA ACIDIFICADA. Para curar las afecciones gástricas dispepticas etc., y para todas las ocasiones en que la digestión sea difícil ó imposible.

2.º PILDORAS DE PEPISINA UNIDA AL HIERRO REDUCIDO POR EL HIDROGENO. Para curar las enfermedades cloróticas y todas las afecciones de ellas dependientes (perdiditas blancas, colores pálidos, menstruación difícil) y también para fortalecer los temperamentos debilitados.

3.º PILDORAS DE PEPISINA UNIDA AL PROTO-YODURO FERROSO INALTERABLE. Para curar las enfermedades escrofílicas, linfáticas, la tisis, la caquexia clorótica y las afecciones atónicas generales de la economía.

Estas tres preparaciones se venden exclusivamente en frascos y medias frascos triangulares, con la garantía del sello y de la firma de Th. — Paul Hogg, farmacéutico químico, rue Castiglione, 2, á París; y en todas las buenas farmacias de Francia y de Europa.

El precio en París, está indicado sobre cada frasco. Depositarios: En Madrid, por mayor Agencia franco-española, 31, Calle del Sordo; por menor, Borrell hermanos, Escolar, Sanchez Ocaña y Moreno Miquel.

En provincias los depositarios de la Agencia franco-española.

BIOGRAFIA DE DON PEDRO DE LA HOZ.

dedicada al Sr. D. Carlos de Borbon y de Este, Y ESCRITA POR

D. JOSÉ MARIA CARULLA.

Se vende en la administración de *La Esperanza*, calle del Pez, núm. 6, cuarto principal, y en las librerías de Olamendi, Aguado, Lopez, Guirar, Bailly-Bailliere, Sanchez, Cuesta, Durán y Moya y Plaza, á 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

Se ha hecho además una tirada especial del retrato que acompaña á la obra en papel china de doble tamaño, con objeto de poderlo colocar en cuadro, y se vende á 6 rs. en Madrid y 8 en provincias, enviándose perfectamente enrollado en un cilindro.

Los pedidos se dirigirán, acompañando su importe, al autor y propietario de la obra don José María Carulla, calle de Fuencarral, núm. 8, entresuelo, Madrid. También están autorizados al efecto los señores comisionados de *La Esperanza* en provincias.

El producto líquido de la *Biografía* se destina en su mayor parte al alivio de las necesidades del Padre común de los fieles. (G.)

LA PREDICACION POPULAR, POR MR. DUPANLOUP.

OBISPO DE ORLEANS.

Se vende encuadrado en rústica, con el retrato del autor, á 40 reales en casa de el editor (Cabeza 27), y en las principales librerías de esta corte.

ANALOGIAS DE LA FÉ.

Obra escrita por el señor doctor DON ESTEBAN MORENO LABRADOR, CHANTRE DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CÁDIZ.

El objeto de la presente obra es estudiar los dogmas en su concepto filosófico, comparándolos, y relacionándolos unos con otros, y con las verdades de razón. El primer tomo, de los dos que ha de tener la obra, en 8.º mayor, de letra compacta y en papel glaseado, de 342 páginas, se halla de venta al precio de 12 rs. en Madrid en casa de D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, núm. 6.

Se obtiene también por el mismo precio, franco de porte, haciendo el pedido á Cádiz á D. José María Leon y Domínguez, Presbítero, calle de la Compañía, núm. 8.

BAÑOS HIDRO-SULFUROSOS de Grabalos.

Desde 1.º de Junio á fin de Setiembre están abiertos estos muy antiguos y acreditados baños, en los que se han hecho varias mejoras, entre ellas la muy apetecida por los bañistas, de la ermita-oratorio dentro del mismo establecimiento.

Los coches para los indicados baños salen todos los días de las estaciones de Castejon y Tudela de Navarra á la llegada de los primeros trenes de la mañana.

Precios: Habitación y fonda, primera clase, 22 rs.

Segunda, 17 rs.

Por el uso de agua mineral, 30 rs. temporada.—Baño, 6 rs. (G.)

MADRID: 1867.

E. responsable: D. C. NAVARRO VILLOSLADA.

Imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Calle de Palayo 34, á cargo de R. Labajos Arenas.

154

CONFERENCIAS DEL P. FELIX.

Así, si, haya una carencia casi completa de lo espiritual, de lo invisible y de lo inmortal. Allí el arte era la expresión de la belleza exterior. Levada su última forma: pero de la belleza exterior nada más. Era, en toda la perfección que podía darle la mano del hombre, la belleza plástica del cuerpo humano y de la naturaleza helénica. Pero sobre estos cuerpos de líneas tan puras, tan graciosos de modelo, tan armoniosos de proporción, nada de cielo, nada de lo invisible, nada sobre todo de lo inmortal: nada frecuentemente de esa belleza moral que describe el espíritu á través de la materia, y que hace de la cabeza y del rostro humano el brillante relieve de un alma grande y de un corazón noble. Según la hermosa expresión de cierto escritor, el hombre había dado á aquellas obras su corona, fálbalas la aureola del cielo. Este milagro estaba reservado especialmente á la inspiración de la esperanza cristiana.

La esperanza cristiana, que fué en nuestro Cristo glorificado, en la ciudad de los santos, el término de nuestros deseos y de nuestras aspiraciones, que nos nutre, en el corazón de aquel Cristo, el lazo de nuestra inmortalidad y la mansión eterna de nuestra felicidad: he aquí lo que ha abierto al arte cristiano las grandes perspectivas de lo invisible, de lo inmortal y de lo infinito; y he aquí lo que le ha dado unas aspiraciones, un vuelo y una elevación que el arte pagano no ha conocido, que no podía conocer, y que todos nosotros paganos actuales y futuros no conocemos ni conocer jamás. El símbolo católico que apoya en los dogmas de que hemos hablado, como sobre dos columnas magníficas, todo el edificio del arte cristiano, termina con una palabra sublime, palabra llena de luz y de presentimientos, palabra llena de fe y de esperanza, que marca en el alma humana la transición de la vida á la otra. *Crede in vitam eternam*. Crede en la vida eterna; crede en la eterna unión de mi alma y de mi Cristo; crede en la perpetuidad y en la inmortalidad de mi vida futura, en el centro de su Corazón vivo y de su vida inmortal. *Crede in vitam eternam*: crede que más allá de todas las bellezas que descubro en los tiempos, hay

155

CONFERENCIAS DEL P. FELIX.

Así, si, haya una carencia casi completa de lo espiritual, de lo invisible y de lo inmortal. Allí el arte era la expresión de la belleza exterior. Levada su última forma: pero de la belleza exterior nada más. Era, en toda la perfección que podía darle la mano del hombre, la belleza plástica del cuerpo humano y de la naturaleza helénica. Pero sobre estos cuerpos de líneas tan puras, tan graciosos de modelo, tan armoniosos de proporción, nada de cielo, nada de lo invisible, nada sobre todo de lo inmortal: nada frecuentemente de esa belleza moral que describe el espíritu á través de la materia, y que hace de la cabeza y del rostro humano el brillante relieve de un alma grande y de un corazón noble. Según la hermosa expresión de cierto escritor, el hombre había dado á aquellas obras su corona, fálbalas la aureola del cielo. Este milagro estaba reservado especialmente á la inspiración de la esperanza cristiana.

La esperanza cristiana, que fué en nuestro Cristo glorificado, en la ciudad de los santos, el término de nuestros deseos y de nuestras aspiraciones, que nos nutre, en el corazón de aquel Cristo, el lazo de nuestra inmortalidad y la mansión eterna de nuestra felicidad: he aquí lo que ha abierto al arte cristiano las grandes perspectivas de lo invisible, de lo inmortal y de lo infinito; y he aquí lo que le ha dado unas aspiraciones, un vuelo y una elevación que el arte pagano no ha conocido, que no podía conocer, y que todos nosotros paganos actuales y futuros no conocemos ni conocer jamás. El símbolo católico que apoya en los dogmas de que hemos hablado, como sobre dos columnas magníficas, todo el edificio del arte cristiano, termina con una palabra sublime, palabra llena de luz y de presentimientos, palabra llena de fe y de esperanza, que marca en el alma humana la transición de la vida á la otra. *Crede in vitam eternam*. Crede en la vida eterna; crede en la eterna unión de mi alma y de mi Cristo; crede en la perpetuidad y en la inmortalidad de mi vida futura, en el centro de su Corazón vivo y de su vida inmortal. *Crede in vitam eternam*: crede que más allá de todas las bellezas que descubro en los tiempos, hay

156

CONFERENCIAS DEL P. FELIX.

Así, si, haya una carencia casi completa de lo espiritual, de lo invisible y de lo inmortal. Allí el arte era la expresión de la belleza exterior. Levada su última forma: pero de la belleza exterior nada más. Era, en toda la perfección que podía darle la mano del hombre, la belleza plástica del cuerpo humano y de la naturaleza helénica. Pero sobre estos cuerpos de líneas tan puras, tan graciosos de modelo, tan armoniosos de proporción, nada de cielo, nada de lo invisible, nada sobre todo de lo inmortal: nada frecuentemente de esa belleza moral que describe el espíritu á través de la materia, y que hace de la cabeza y del rostro humano el brillante relieve de un alma grande y de un corazón noble. Según la hermosa expresión de cierto escritor, el hombre había dado á aquellas obras su corona, fálbalas la aureola del cielo. Este milagro estaba reservado especialmente á la inspiración de la esperanza cristiana.

La esperanza cristiana, que fué en nuestro Cristo glorificado, en la ciudad de los santos, el término de nuestros deseos y de nuestras aspiraciones, que nos nutre, en el corazón de aquel Cristo, el lazo de nuestra inmortalidad y la mansión eterna de nuestra felicidad: he aquí lo que ha abierto al arte cristiano las grandes perspectivas de lo invisible, de lo inmortal y de lo infinito; y he aquí lo que le ha dado unas aspiraciones, un vuelo y una elevación que el arte pagano no ha conocido, que no podía conocer, y que todos nosotros paganos actuales y futuros no conocemos ni conocer jamás. El símbolo católico que apoya en los dogmas de que hemos hablado, como sobre dos columnas magníficas, todo el edificio del arte cristiano, termina con una palabra sublime, palabra llena de luz y de presentimientos, palabra llena de fe y de esperanza, que marca en el alma humana la transición de la vida á la otra. *Crede in vitam eternam*. Crede en la vida eterna; crede en la eterna unión de mi alma y de mi Cristo; crede en la perpetuidad y en la inmortalidad de mi vida futura, en el centro de su Corazón vivo y de su vida inmortal. *Crede in vitam eternam*: crede que más allá de todas las bellezas que descubro en los tiempos, hay

157

CONFERENCIAS DEL P. FELIX.

Así, si, haya una carencia casi completa de lo espiritual, de lo invisible y de lo inmortal. Allí el arte era la expresión de la belleza exterior. Levada su última forma: pero de la belleza exterior nada más. Era, en toda la perfección que podía darle la mano del hombre, la belleza plástica del cuerpo humano y de la naturaleza helénica. Pero sobre estos cuerpos de líneas tan puras, tan graciosos de modelo, tan armoniosos de proporción, nada de cielo, nada de lo invisible, nada sobre todo de lo inmortal: nada frecuentemente de esa belleza moral que describe el espíritu á través de la materia, y que hace de la cabeza y del rostro humano el brillante relieve de un alma grande y de un corazón noble. Según la hermosa expresión de cierto escritor, el hombre había dado á aquellas obras su corona, fálbalas la aureola del cielo. Este milagro estaba reservado especialmente á la inspiración de la esperanza cristiana.

La esperanza cristiana, que fué en nuestro Cristo glorificado, en la ciudad de los santos, el término de nuestros deseos y de nuestras aspiraciones, que nos nutre, en el corazón de aquel Cristo, el lazo de nuestra inmortalidad y la mansión eterna de nuestra felicidad: he aquí lo que ha abierto al arte cristiano las grandes perspectivas de lo invisible, de lo inmortal y de lo infinito; y he aquí lo que le ha dado unas aspiraciones, un vuelo y una elevación que el arte pagano no ha conocido, que no podía conocer, y que todos nosotros paganos actuales y futuros no conocemos ni conocer jamás. El símbolo católico que apoya en los dogmas de que hemos hablado, como sobre dos columnas magníficas, todo el edificio del arte cristiano, termina con una palabra sublime, palabra llena de luz y de presentimientos, palabra llena de fe y de esperanza, que marca en el alma humana la transición de la vida á la otra. *Crede in vitam eternam*. Crede en la vida eterna; crede en la eterna unión de mi alma y de mi Cristo; crede en la perpetuidad y en la inmortalidad de mi vida futura, en el centro de su Corazón vivo y de su vida inmortal. *Crede in vitam eternam*: crede que más allá de todas las bellezas que descubro en los tiempos, hay